



## Homilía de final de Ejercicios

Jávea, 24 de enero de 2020

Hoy, viernes 24 de enero, cerramos estos días dedicados a practicar los Ejercicios Espirituales que iniciamos el pasado domingo, día 19, en el tiempo de sus segundas vísperas. Nosotros, con la ayuda de la gracia de Dios, tal como nos recordaba S. Ignacio en las primeras anotaciones de su obra que ha sido referente para estos días, hemos venido a ver y a acoger la voluntad de Dios sobre nuestras vidas.

Y hemos querido culminar este tiempo abierto a la gracia, con la celebración de esta Eucaristía propia de la Santísima Virgen María, pues ella es, además de la madre a quien el Señor nos ha confiado desde la cruz, el modelo perfecto de discípula y seguidora de Jesús, la imagen conductora de nuestro camino, y el icono esplendoroso de nuestro futuro.

A ella la hemos contemplado en el Evangelio que acaba de ser proclamado en la escena entrañable de la Visitación. S. Lucas nos la presenta “en camino, de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá”; se dirige a acompañar a su prima Isabel en la última fase de su embarazo, y el evangelista exactamente se detiene en el acto de entrar “en casa de Zacarías” y de realizar el saludo “a Isabel” (Lc 1,39-40). La escena está toda ella iluminada por el propósito de María de encaminarse a servir, a prestar ayuda, y por una alegría profunda que afecta a los personajes que llenan con su presencia el momento: María e Isabel, y alguien a quien afecta y mucho el gozo que invade todo y que no es visible, pues está en el vientre de su Madre todavía: Juan, a quien llamarán Bautista.

Vale la pena notar que la presencia real del Verbo de Dios haciéndose carne en María, va a significarse en el ansia de ayudar que mueve a su madre, y en una suerte de intercambio de bendiciones y alabanzas, en una sorda explosión de alegría que embarga a todos. El servicio y la alegría, dos perfectos indicadores de que Dios ha entrado en nuestra historia. El servicio y la alegría dos buenos referentes para nosotros que pedimos que

Él haya entrado un poco más en nuestras vidas, y que debemos ser portadores de Él en nuestro ministerio.

Fuimos ordenados, todos los presentes, como sacerdotes diocesanos, como sacerdotes de Jesús para entregarnos sencillamente, plenamente a su Pueblo. Para ir a donde se nos enviara, y para hacerlo en fraternidad sacerdotal, como colaboradores de nuestro Obispo. El servicio de proximidad, en cercanía a todo el pueblo, es propio de nuestra diocesaneidad; sin atarnos a características grupales o comunitarias específicas, y servidora de todos, es lo nuestro. Y para ello necesitábamos detenernos unos días para discernir, con la ayuda del Espíritu de Jesús, cómo estamos viviendo nuestra entrega y servicio, cómo andamos de caridad pastoral, cómo nos estamos cuidando –en tanto discípulos, sacerdotes y amigos de Jesús-, para cuidar a los demás.

Y a ella, a la que vemos caminar con presteza para servir a su prima, le pedimos prontitud en el servicio para nuestra deseada entrega sacerdotal, sin cansancios ni desánimos: y a ella, que leemos en el Evangelio que se mostró sensible ante lo acontecido a los novios de las Bodas de Caná, le suplicamos sensibilidad ante tantas situaciones difíciles de tantos jóvenes en riesgo y sin horizonte, y ante tantos matrimonios y familias carentes de la alegría que procede de tener un trabajo digno, una buena salud para compartir tareas, una fe firme y unos valores en los que unirse para afrontar los problemas y orientar la vida, y así educar a las nuevas vidas que necesita el mundo: a ella, nos dirigimos cuando la contemplamos con los cabellos grises por el pasar de los años caminando hasta el Gólgota hacia la cruz, para estar nosotros, como ella, sacerdotes restauradores y consoladores de personas, especialmente cercanos a ellas cuando están afectadas por la enfermedad, o por la muerte del ser querido, o sumidos en soledad, sin el afecto de hijos y nietos, por las personas por las que dieron su vida.

Ella, María, modelo de fe, madre de sacerdotes que siembran ayuda y amor como ella, sigue caminando en tantos lugares y de tantas maneras; cuando por medio de una imagen o una simple estampa, de una vela o una medalla, de un rosario o un sencillo adorno, entra en una casa, en la celda de una cárcel, en la sala de un hospital, en un asilo o en una escuela –como bellamente nos fue recordando Papa Francisco en su visita a Guadalupe (12-12-2018). Ahí a esos lugares y muchos más, debemos

seguir llegando con nuestro ministerio de servicio y de alegría de Dios, como ella. Y para ello hemos venido a los Ejercicios, para reanimar nuestra entrega, encender como fuego nuevo el amor que nos dio el Padre, para ser instrumentos positivos de comunión en manos del Espíritu, para mostrarnos cada vez más configurados a Jesús, a quien hacemos presente como Pastor de su Iglesia. Y para ello celebramos esta Eucaristía de Santa María, para que ella interceda ante su Hijo y nos de el vino nuevo de gastar con alegría la vida hasta que nos queden fuerzas, siendo sacerdotes que saben muy bien que servir y amar en todo, es plenitud, es eternidad. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano**

Obispo de Orihuela-Alicante